

DOS ESCRITOS SOBRE E. M. CIORAN¹

Leobardo VILLEGAS MARISCAL²

Title: *Two Writings on Cioran*

Abstract: *In thirty interviews. Ciprian Vălcan talks about Cioran with different readers from different parts of the world. Let's take a moment to look his book: Cioran, an adventurer.*

Keywords: *Cioran, philosophy, review.*

CIPRIAN VĂLCAN: *CIORAN, UN AVENTURERO INMÓVIL*

I

Treinta entrevistas. Ciprian Vălcan dialoga sobre Cioran con distintos lectores provenientes de diversas partes del mundo. Demorémonos un momento en el título del libro: *Cioran, un aventurero inmóvil*. Al respecto, refiere el ensayista y crítico literario Livius Ciocârlie: “*Como Borges, Cioran fue, en la rue de l’Odeón, un «sedentario sin patria intelectual, un aventurero inmóvil»*”. (Vălcan, 2019, p. 52). Esta observación está relacionada con las siguientes palabras de Nicolas Cavaillés, coordinador de la edición francesa de la obra de Cioran en la colección *Pléiade*, de la editorial Gallimard: “*Cioran leyó mucho toda su vida, toda clase de libros, de todas las civilizaciones, de todos los siglos, e incluso de todos los campos del conocimiento humano, de filosofía, de mitología, de la poesía a la historia, de la mística a la biología; y leía de manera corriente en muchos idiomas – en rumano y en francés-, evidentemente, pero también en alemán, inglés e incluso en español y en italiano, ocasionalmente*”. (Vălcan, 2019, p. 44). ¿De dónde surge esta curiosidad casi enfermiza, este deseo de perderse en las religiones, las literaturas, las metafísicas, los idiomas, los mapas, los libros de viajes, las biografías y las historias de las confrontaciones bélicas? Dice Cioran: “*A los veinte años, los Balcanes no podían ofrecerme ya nada más. Ese es el drama, pero también la ventaja de haber nacido en un medio «cultural» de segundo orden*”. (Cioran, 1992, p. 155). La respuesta es simple: cuando no se tiene un Dante, un Shakespeare o un Hegel a las espaldas, entonces se es presa de la idolatría de los horizontes lejanos. La evidencia de

¹ Trabajos presentados en el *Encuentro Internacional Cioran en México*, celebrado entre los días 11-16 de noviembre del año 2019.

² Leobardo Villegas Mariscal, Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Correo electrónico: leobardovillegas@yahoo.com.mx

la propia insignificancia nos hace explotar en todas direcciones: de los vedas a los asirios, de Heráclito a Calígula, del Enûma Elish a Don Quijote.

Cioran, ¿un “aventurero inmóvil”? Quiero recordar aquí que esta definición fue acuñada por el filósofo rumano para referirse a Borges. Deduzco que al leer esa definición, Livius Ciocârlie la ha aplicado al mismo Cioran, lo cual ha sugerido el título del libro a Ciprian Vălcan. Pero, ¿es el mismo caso: el de Cioran y el de Borges? Cioran ensaya una analogía que bien podría servir como respuesta: “*Lo que sucede en el Este de Europa debe necesariamente suceder en los países de Hispanoamérica, y he observado que sus representantes están infinitamente más informados que los occidentales, irremediablemente provincianos*”. (Cioran, 1992, p. 155). En otras palabras, es la condición periférica de la realidad sudamericana y de la realidad balcánica lo que potencia la manía obsesiva de la curiosidad universal. Lo cierto es que ambos son aventureros, en el sentido antes aludido. Pero sólo uno de ellos es realmente inmóvil, porque es ciego.

II

Treinta entrevistas; unas cuantas preguntas. Ciprian Vălcan las plantea a sus interlocutores. Aquí algunas de ellas: *¿Cómo llegó usted a conocer la obra de Cioran? ¿Cuáles aspectos de la obra de Cioran le han llamado la atención en la primera lectura y cuáles continúa considerando hoy importantes? ¿Cree pertinente la opinión de los exégetas que consideran a Cioran el principal continuador de Nietzsche en el siglo XX? ¿Cómo es recibida ahora la obra de Cioran en su país? ¿Cuál escritor del siglo XX podría ser comparado con Cioran desde el punto de vista de los temas de reflexión y de estilo?* Las respuestas son diversas, a veces extrañas, incluso contradictorias. Por ejemplo, para el profesor de ciencia política de la University of California, Joshua Foa Dienstag: “... *la comparación entre Cioran y Camus es una de las más prolíficas del siglo XX*”. (Vălcan, 2019, p. 86). Este señalamiento no deja de ser, en mi opinión, por lo menos inquietante. Al respecto, deseo recordar aquí que luego de la publicación de *Breviario de podredumbre*, en el año 1949, Camus abordó a Cioran para decirle que el tiempo de dedicarse a las cosas verdaderamente intelectuales, una vez entregado al público ese libro, había llegado. Como era de esperar, ello no fue del agrado de Cioran quien, por su parte, definió al autor de *La peste* como *un excelente escritor menor*. Esta anécdota me lleva a una observación realizada por la escritora rumana Marta Petreu conforme a la cual, en su país, cuando en Occidente se ataca a Cioran achacándole, por ejemplo, algo sobre su pasado político, suele haber inmediatamente una reacción de defensa: “... *como si temiéramos que se va a romper nuestra vajilla favorita, una de las*

pocas que tenemos”. (Vălcan, 2019, p. 182). Por una razón muy simple, yo entiendo que esta actitud apologética ante determinadas críticas infundadas es justificable. Tiene que ver con un señalamiento referido por el filósofo y traductor español Joan M. Marín. Él dice: “*Cuando algún periodista le echaba en cara a Cioran que en sus libros siempre hablaba de lo mismo solía responder: «Sí, de lo que importa»*”. (Vălcan, 2019, p. 166).

Ahora bien, dejando de lado estos desacuerdos, hay algo que me parece evidente. Es el hecho de que el pensamiento de Cioran, si bien se proyecta en distintas direcciones por la amplitud de temas que aborda (la decadencia de los pueblos, el escepticismo como una predisposición fisiológica, la enfermedad, el tedio, el insomnio, la mística, la música, etc.), tiene, a mi juicio, unas ideas principales que son la fuente de su reflexión filosófica. Ireneusz Kania, su traductor polaco, las enuncia de este modo: “... *el mundo -como una obra fallida de un Demiurgo impotente; el hombre -como el elemento más lamentable de esta fracasada creación, estigmatizado de manera irrevocable también por la eternidad de la Caída in illo tempore; el Mal -como una mancha estructural de cualquier ser; el sufrimiento -como principio de cualquier existencia; la conciencia -como una «herida abierta»*”. (Vălcan, 2019, p. 135). Se trata, en esencia, de una revelación: la realidad reducida al status ontológico de una carroña.

Vistas así las cosas, Cioran es merecedor de esa definición aludida por el historiador de la literatura húngaro Farkas Jenő, según la cual es un «*pájaro de la muerte*”. (Vălcan, 2019, p. 99). Lo extraño, lo realmente paradójico, es que su obra, como pueden constatar sus numerosos lectores, tiene el poder de provocar no un pesimismo sombrío, sino un tipo de bienestar singular, algo que yo llamaría «*la felicidad de las ruinas*».

III

Los misterios de la interpretación. Si hacemos el ejercicio de observar este libro de Ciprian Vălcan como un paisaje que se contempla desde una breve lejanía, aparece ante nuestra mirada un juego de afinidades y oposiciones, como es de esperar en una obra en la que hablan diversas voces. Algunos señalamientos de esas voces son, de algún modo, discutibles. Se relaciona a Cioran con Nietzsche, o se le distancia de él. Yo, por supuesto, no creo que Cioran tenga complicidad con la sabiduría de Zaratustra; ciertamente la tiene con su adversario, el adivino que predica la gran tribulación, el gran fastidio. Lo más extremo: se le relaciona con Heidegger (Vălcan, 2019, p. 76), o con la fenomenología de Husserl (Vălcan, 2019, p. 123), lo cual me parece una extravagancia, como lo sería, por ejemplo, relacionar a Lutero con Pirrón. Pero todo es posible. Hay, sin embargo, una constante, a saber, el acuerdo

general de que Cioran, poseedor de un estilo admirable, es un gran escritor. Ello está relacionado, en el libro de Ciprian Vălcan, con una especie de imposibilidad, la cual consiste en encontrar algún autor del siglo xx que, por su escritura, y por los temas que aborda, se parezca, en algún sentido, a Cioran. En este punto, no logro evitar pensar que las respuestas son forzadas. Se alude a Guido Ceronetti, a Fernando Pessoa, a Julien Gracq, a Bataille, a Blanchot, etc., no obstante, la sensación persiste: algo falla. La causa de ello se debe a que Cioran es un espíritu en cierto modo extraño al siglo XX. Es así que, si bien podemos afirmar que dentro de la obra de Cioran hay más de un Cioran, lo opuesto no es posible: ningún Cioran hay fuera de la obra de Cioran. Esa evidencia nos obliga a buscar sus huellas en el pasado: en Hegesías, los filósofos cínicos, Epicteto, Marco Aurelio, los gnósticos, los maniqueos, los mandeos, los padres del desierto, los cátaros, los bogomilos, etc. Seguir esas huellas supone alejarse de las exasperantes acrobacias verbales de los filósofos contemporáneos.

IV

Sexto Empírico refiere que no es posible definir cómo son las cosas en sí mismas; lo único que podemos comunicar son las experiencias subjetivas que tenemos de ellas, las cuales difieren entre sí. Esto queda claro en el razonamiento expuesto en el segundo tropo de sus *Esbozos pirrónicos*, el cual enfatiza la diferencia existente entre los hombres en lo que respecta a la manera de percibir la realidad. Según sus palabras: “... *no todos somos afectados de la misma forma por las mismas cosas*”. (Sexto Empírico, 2002, p. 33). En mi opinión, esto vale también para la experiencia que se tiene de la obra de un autor, lo cual corrobora el enigma de la lectura. En el libro de Ciprian Vălcan hay pruebas de ello. Pienso, por ejemplo, en la confesión del escritor tunecino Aymen Hacen quien refiere que leer a Cioran le enseñó “... *a ser un hombre comprometido y en particular padre de familia*”. (Vălcan, 2019, p. 116). Como es sabido, Cioran es un escéptico. Su escepticismo es una especie de predisposición biológica, léase fanática, a la duda. ¿A qué comprometerse, entonces, cuando se es víctima de un torbellino de incredulidad? Acontece lo mismo con el tema de la procreación. En *El aciago demiurgo* Cioran es lapidario al respecto: “*Como procrear supone un desvarío sin nombre, cierto es que si nos volviésemos sensatos, es decir, indiferentes a la suerte de la especie, sólo guardaríamos algunas muestras, como se conservan especímenes de animales en vías de desaparición. Cerremos el camino a la carne, intentemos paralizar su espantoso crecimiento*”. (Cioran, 1979, p. 18). Consecuencia: los libros nos afectan de maneras totalmente subjetivas. Vemos en ellos cosas que los propios autores

ni siquiera sospecharon. Entiendo que este es el mismo caso de ciertas conjeturas sobre el pensamiento de Cioran realizadas por el escritor italiano Antonio Di Gennaro. Partiendo de una lectura psicoanalítica, este autor afirma que el pesimismo del filósofo rumano es explicable debido a un trauma psicológico que se remonta a su adolescencia. Ese “trauma” es expuesto por el mismo Cioran en el *Cuaderno de Talamanca*, una especie de diario escrito en el verano de 1966 en las playas de Ibiza. En ese escrito, una diatriba contra el sol, un breve tratado sobre el insomnio, Cioran confiesa que “... *amaba en secreto a una muchacha de Sibiu, Sela Schian, que debía tener quince años; yo tenía dieciséis*”. (Cioran, 2002, p. 50). Añade que, debido a su timidez, nunca le habló. El desastre advino cuando, en pleno bosque, en los alrededores de Sibiu, Cioran estaba bajo un árbol leyendo a Shakespeare cuando la mencionada chica pasó frente a él acompañada del más odioso compañero del colegio, suceso que, confiesa, nunca olvidaría a lo largo de su vida.

En la carta dirigida a Jacques Le Rider titulada *El romanticismo de la prostitución. A propósito de Weininger*, escrita en el mes de diciembre de 1982, Cioran añade algunos detalles sobre este suceso: “*Como les ocurre con frecuencia a los adolescentes, yo era a la vez insolente y tímido, pero mi timidez era mayor que mi insolencia. Durante más de un año soporté aquel suplicio, que culminó un día en que, leyendo bajo un árbol en el gran parque de la ciudad, de repente oí risas. Cuando me di la vuelta... la vi a ella en compañía de uno de mis compañeros de clase, el que más despreciábamos todos y que llamábamos «el Piojo». Tras más de cincuenta años, recuerdo perfectamente lo que sentí en aquel instante. Pero renuncio a las precisiones. El caso es que juré en el acto acabar con los «sentimientos»*”. (Cioran, 1992, p. 178).

Antonio Di Gennaro mira en esta historia la clave de la visión sombría que caracteriza al pensamiento de Cioran. Son sus palabras: “*¿Es posible suponer que detrás del sufrimiento descrito por Cioran se encuentra una necesidad de amor, nostalgia de un amor pasado? Tengo la impresión que detrás de la experiencia del dolor del que habla Cioran se esconde la experiencia de un abrazo no dado, de un amor perdido*”. (Vălcan, 2019, p. 77). No lo creo. Pero puede ser. ¿Acaso no es esta la misma conjetura que Cioran tiene de Diógenes?: “*Siempre he pensado que Diógenes debió sufrir algún desengaño amoroso en su juventud: nadie escoge la vía del sarcasmo sin la ayuda de una enfermedad venérea o de una mujer intratable*”. (Cioran, 1990, p. 110).

V

Veo el estante; ahí están los libros. La obra rumana, la obra francesa, los cuadernos, las entrevistas a Cioran. Luego este libro de Ciprian Vălcan, con las voces de sus lectores provenientes de diversas partes del mundo. A continuación, para cerrar el círculo, imagino otro libro. Lo titularía: *Los amigos de Cioran*. Contendría las historias de vida de fulanas jubiladas, méndigos, locos, borrachos tirados en las aceras. En él citaría el siguiente fragmento: “*Cuánto, en cambio, me han turbado las meditaciones de un viejo amigo mío, músico ambulante y loco... Como todos los desequilibrados, se planteaba problemas y había «resuelto» alguno. Un día, tras haber recorrido las terrazas de los cafés, vino a interrogarme sobre... la inmortalidad. «Es impensable», le respondí, a la vez seducido e irritado por sus ojos inactuales, sus arrugas y sus harapos. Una certeza le animaba: «Te equivocas si no crees en ella; si no crees, no sobrevivirás. Yo estoy seguro de que la muerte no podrá nada contra mí. Además, a pesar de lo que tú dices, todo tiene alma. ¿Has visto a los pájaros revolotear en las calles y de repente elevarse por encima de las casas para contemplar a París? ¿Cómo no van a tener alma, cómo un pájaro podría morir...!»*”. (Cioran, 1990, p. 102).

(2)

EL OPTIMISMO DE CIORAN

I

Siglo II; Alejandría. Arriba, en el reino de la luz, un dios extraño a este mundo. Abajo, en el reino de la oscuridad, una divinidad deficiente. Primera creación: un aborto, un hombre que se arrastra a la manera de un gusano. Y la procreación: aberrante. Y el matrimonio: diabólico. Y la alimentación: vegetarianismo radical. Mirada de Irineo de Lyon e Hipólito de Roma: teología perversa. Saturnilo: ladrón de doctrinas. En breve: la maldición de existir. Mejor: el inconveniente de haber nacido. El reino del demonio. Saklas y Yaldabaot.

Dieciocho siglos en el futuro. Los Cárpatos. Los sobrevivientes de las hordas de los Dacios. Los hombres de la plegaria de Eminescu. Los arrabales del mundo. El reino cautivante del fracaso, de las almas ulceradas por el destino. El filósofo carroñero, el filósofo buitre, el incendiario: Emil Cioran. Luego, el exilio. El post mundo de Voltaire y de Diderot, el barrio latino, el jardín Luxemburgo, la boardilla de la rue de l’Odeón. Esa vieja costumbre: el diálogo con las putas. Los paseos nocturnos. El insomnio. El nuevo gnóstico instalado en el margen derecho del río Sena. Él dice: “*El olor de la criatura nos pone sobre la pista de una divinidad fétida*” (Cioran, 1990, p. 82). El vampiro balcánico, el nuevo Marción, uno de los últimos hijos de Simón el mago. El conquistador de la lengua francesa, el brujo verbal. En el fondo: un Tertuliano de la duda, un Alarico del error.

II

De Gilgamesh de Uruk a Cioran: del miedo a la muerte al horror del nacimiento. Pero ante el horror del nacimiento, la tentación de existir. El reptil negro de la aflicción, la enfermedad fisiológica de la duda, la seducción del mar y del paso de las nubes, la música y sus mundos, el silencio de las sepulturas, Shakespeare, el dios espectral de las herejías gnósticas, el estancamiento proverbial que advendrá cuando se cierren las puertas del futuro, y así...

III

Quien ha leído *La caída en el tiempo* ha recorrido un apartado que se titula "¿Es escéptico el demonio?". Quien ha comprendido lo que ahí se dice sabe que el escepticismo del que habla Cioran no es una disposición intelectual; es un destino, un tono interior, una fe. El fanatismo de la irresolución. Precisamente por eso el escéptico es inútil para el demonio, pues no es un ser apto para la negación. El demonio es un convencido, un negador, un nihilista; el escéptico es un fantasma contemplativo, unapestado de los actos. El demonio es activo mientras que el escéptico vegeta en la pasividad. ¿Y si se le demostrara al escéptico que sus dudas son absurdas, si las verdades se le revelaran de una forma evidente, total? De todas maneras se abandonaría a la idolatría de la incredulidad. En este sentido, Nietzsche está cerca del demonio; Cioran no.

IV

En el párrafo 13 de *Breviario de los vencidos*, Cioran dedica una de sus invectivas más apasionadas contra la religión cristiana. Ahí manifiesta su admiración por los antiguos emperadores de la decadencia romana, específicamente Calígula y Nerón, al extremo de que afirma que este último "... resulta menos banal que Jesús". (Cioran, 1998, p. 37). En el mismo lugar realiza una apología de Anás y Caifás, cuyas preguntas al Cordero –aseguraran coherentes, razonables, en contraposición con las respuestas recibidas, las cuales resultaban imprecisas, indefendibles. Ahí mismo afirma que las iglesias cristianas pronto serán abandonadas y que los latidos de la Crucifixión no tardarán en apagarse. Es entonces que llegará el fin de una fe asfixiante, un credo absurdo. Son sus palabras: "*Siempre que el cristianismo suscita mis dudas, una adversidad dolorosa ocupa el lugar del fasto escéptico y de los aromas embriagadores. Me impide respirar. Huele a viejo. Me sofoco. Su mitología está gastada, sus símbolos huecos, sus promesas carecen de valor. ¡Qué siniestro errar desde hace dos mil años! En el viejo*

mobiliario del alma, todavía despierta un vago eco, en aposentos con ventanas cerradas, con un aire macabro, en la polvareda de la vida. No me ha sido de ninguna utilidad, en ningún momento...". (Cioran, 1998, pp. 37 y 38).

V

El lector que ha recorrido los libros de Cioran escritos en rumano sabe que, de alguna manera, hay algo que los distingue de su obra francesa. En *El libro de las quimeras* o en *El Ocaso del pensamiento*, por ejemplo, pueden leerse cosas relacionadas con la melancolía, el aburrimiento, el mar, el paso de las nubes, Mozart, la belleza de un rostro femenino aquejado por la enfermedad, el amor y la muerte. En algún aforismo sugiere la fascinación de ver el mundo a través de los ojos de una serpiente, en otro asegura que nunca maldecirá a la vida, en otro alude a la deuda que Dios tiene con Bach, en otro manifiesta su fascinación por los santos y por la mística. Ciertamente, la idea de un dios malo o la postulación de un pensamiento político reaccionario aparecerán hasta la obra francesa.

VI

No puedo evitar pensar que Cioran, en muchas de sus fotografías, da la impresión de tener un asesor de imagen. Incluso el desorden de su pequeña habitación parisina me parece planeado, efectista. Sucede lo mismo con los lugares comunes que repite una y otra vez en las ocasiones en que ha concedido alguna entrevista. A saber: "*Soy el ser más perezoso de París, soy indiscreto por naturaleza, soy insomne, soy asiduo a la conversación con las putas...*". Todo en él obedece a una estrategia tramada minuciosamente. ¿Se le quiere descifrar? Ver su ensayo "*Deseo y horror de la gloria*", en la parte media de *La caída en el tiempo*.

Un actor de la desesperación... de la amargura. Su obra es un artificio detrás del cual se esconde un espíritu sonriente.

Bajo el cielo gris, en el margen derecho del río Sena, este agorero del gran cansancio planeó no tener rivales en lo que se refiere a la postulación de la náusea por la existencia. Tras su muerte, hay que pensar que logró su cometido con una perfección magistral. Ello lo sitúa, indudablemente, en el extremo opuesto de los fracasados, de esos espantajos heridos por la vida de los cuales se decía admirador.

VII

Al escuchar a Carlos Gardel es imposible evitar no sentir materialmente el destino de esos cornudos, esas almas vencidas que se arrodillan, bajo un árbol

sin hojas, a llorar su desgracia. Y vislumbro a Cioran, en el ocaso de su vida, sintiendo el encanto de esta música de los fracasados. *Mi última pasión es el tango argentino*, dijo este predicador del gran fastidio. Y digo yo: *Sobre su obra entera se escuchan los acordes de un bandoneón fúnebre acompañado por una voz rota, que prodiga himnos a la repulsión.*

VIII

(Habla Marción) Abomino del Antiguo Testamento y de su demonio Jehová. Asumo la degeneración, la corrupción esencial del mundo. Veo con horror el matrimonio, las madres preñadas, los niños recién nacidos. Predico un dios extraño: un dios lejano. Postulo otro dios: deficiente, fracasado, responsable de esta creación. Asumo que nacimos aquí abajo, en este calabozo. Afirmo que somos hierbas inmundas que crecen en la tierra del pecado. Todo está manchado por el pecado: los pájaros, las tardes, las intemperies sucesivas, incluso el aire. ¡Dios de allá arriba, Tú, que nada tienes que ver con nosotros, Tú, Dios de la luz, mandaste a tu hijo a sufrir humillación para salvarnos a nosotros que no somos tus hijos, a nosotros, criaturas erradas, gusanos en una carroña! ¿Cómo podemos pagarte este gran acto de amor? Nos rescatas de nuestro padre el demonio, nos salvas de esta paternidad disoluta. Casi nada está en nuestras manos, solamente tener fe en ti. Esta fe que te prodigamos por tu generosidad hacia con nosotros implica que debemos pelear contra la sombra diabólica del deseo. Estamos dispuestos. Somos tus soldados aquí abajo; las armas del ascetismo harán posible oponernos a nuestra turbia naturaleza, al depravado influjo de nuestro padre. Su voz nos incita al vicio; nosotros la desobedecemos con el terrorismo del ayuno, del retiro y de la oración. Dios magnánimo, Dios bueno, Dios tierno y dulce: ¡Es tan poco lo que podemos hacer para enmendar nuestra culpa! ¡Perdónanos, Señor, por ser vástagos del error! (Habla Cioran) *“No podemos impedirnos pensar que la creación, que se ha quedado en estado de bosquejo, no podía ser acabada ni merecía serlo, y que es en su conjunto una falta, y la famosa fechoría, cometida por el hombre, aparece así como una versión menor de una fechoría mucho más grave. ¿De qué somos culpables, sino de haber seguido, más o menos servilmente, el ejemplo del creador? La fatalidad que fue suya, la reconocemos sin duda en nosotros: por algo hemos salido de las manos de un dios desdichado y malo, de un dios maldito”.* (Cioran, 1979, p. 11).

IX

Hay dos optimismos en la obra de Cioran. Uno es la idea del suicidio (no el suicidio en sí mismo); el otro es la escritura. Ambos son medios a través de los cuales la existencia se torna, al menos, soportable. Una precisión: para

Cioran, la gran calamidad, el gran inconveniente, es haber nacido. El nacimiento es la puerta de entrada a la vida, es decir, al delito de existir.

Sucede que con la idea del suicidio el hombre accede a una libertad reconfortante: la de poder matarse en el momento deseado, lo cual es un aliciente, una idea positiva. En otras palabras, el suicidio no es una salida: es la posibilidad de una salida. No es una solución: es la posibilidad de una solución. Cioran no aconseja el suicidio: aconseja pensar en él, tenerlo presente, sobre todo en las horas sombrías. ¿Y la escritura? Es una terapéutica: el río de aguas negras del espíritu.

Post Scriptum

Cuadro imaginario. Cioran antes de morir.

La habitación silenciosa, la maceta moribunda en la ventana, el sol escurriendo en la mesa desierta. Yace ahí, recostado en un viejo camastro, con la mirada perdida. Ha olvidado la postura horizontal; ha olvidado el universo. No sabe quiénes son los otros; no sabe quién es él. Hundido en las sábanas enfermizas, mira sin entender aquello que está mirando. El tiempo es una dilatada confusión, un caos sucesivo. Todo lo que le revelan las percepciones sensibles le resulta irreconocible. Está a un paso del otro mundo. Acaso el último rastro de la realidad se le manifiesta en ese momento en que unas manos benévolas arropan su cansado cuerpo pre-difunto. Y se le interroga, deseando suscitar en él un poco de lucidez: ¿*Recuerda usted, señor Cioran, sus libros, su ático, sus paseos por el Jardín Luxemburgo? ¿Basíledes, Santa Teresa de Jesús, Pascal?* Él solamente alcanza a responder, con voz grave, sorprendida, extraviada: ¿*Usted quién es?* ¿El Piojo se ha quedado con la chica del Liceo?

Bibliografía

- Cioran, E. M. (1979). *El aciago demiurgo*. Taurus: Madrid.
- (1990). *Silogismos de la amargura*. Tusquets: Barcelona.
 - (1992). *Ejercicios de admiración y otros textos*. Tusquets: Barcelona.
 - (1998). *Breviario de los vencidos*. Tusquets: Barcelona.
 - (2002). *Cuaderno de Talamanca*. Pre-textos: Valencia.
- Sexto Empírico (2002). *Esbozos pirrónicos*. Gredos: Madrid.
- Vălcan, Ciprian (2019). *Cioran, un aventurero inmóvil*. UTP: Colombia.